





La familia adoptiva: revelación y búsqueda de orígenes

Dr. D. Jesús Palacios González.

*Catedrático de Psicología Evolutiva
y de la Educación de la Universidad
de Sevilla*

Cada adopción es un mundo. De un caso a otro hay muchas diferencias (en la edad de adopción, en la información disponible sobre el pasado, etc.). Sean cuales sean sus circunstancias, todas las personas adoptadas comparten la necesidad de entender su situación, tanto la presente, como la pasada. Y todas tienen que hacer frente a la llamada búsqueda de los orígenes. El artículo 12 de la ley española de adopción internacional de 2007 reconoce para toda persona adoptada (sea por la vía nacional o la internacional) el derecho a conocer sus orígenes. Aquí se dan algunas indicaciones que permiten entender las razones por las que esto ocurre y algunos criterios para abordar la tarea.

Pienso ahora en mí mismo, que no soy adoptado. Conocí a mi madre y mi padre, así como a mi abuela materna. Con ellos pasé mi infancia. No conocí a mi abuelo materno, ni a mis abuelos paternos. Pero sé cómo se llamaban, vi fotos de ellos y oí muchas veces a mis

padres decir que uno de mis hermanos y yo nos parecíamos mucho a uno de aquellos abuelos a los que no conocí. Me es muy fácil, pues, situarme dentro de mi familia, entender la conexión entre mi pasado y mi presente. Pienso en mi pasado con tranquilidad y, a veces, con nostalgia, pues ni mis abuelos ni mis padres están ya presentes. Los recuerdo con mucho afecto y todavía me emociona ver sus fotos, a pesar de los muchos años transcurridos. Si alguna vez quiero poner en orden algún fragmento de información, me basta con hablar con mi hermano mayor, que es la fuente de información más fiable para todos los temas que se relacionan con la familia.

Cuando el presente y el pasado están unidos por líneas continuas como la de mi biografía, cuando se puede hablar con alguien del tema con toda naturalidad, cuando nada del pasado despierta emociones negativas intensas o dudas irresolubles, la relación con ese pasado es confortable, por más que pueda tener tintes de nostalgia. En el caso de la adopción, la línea que une el pasado con el presente no es continua, sino que está interrumpida de forma drástica y definitiva a

partir de un cierto momento. Con frecuencia, no hay ni datos ni memoria a los que acudir. Pero incluso si los datos están en la memoria o en los documentos, eso no significa que se entiendan y que uno pueda relacionarse cómodamente con ellos.

Qué hay que saber

Lo que las personas adoptadas tienen que saber es aquello que en cada momento del desarrollo a uno le permite responderse a las preguntas que se hace o puede hacerse, es decir, aquello que a uno le hace posible tener una cierta visión coherente y lo más positiva posible de su historia y sus circunstancias. Las preguntas que se hacen varían mucho de una edad a otra, así como de unas circunstancias a otras (en función, por ejemplo, de si se guardan o no recuerdos del pasado). También hay que tener en cuenta las diferencias entre unas personas y otras, pues algunas pueden plantearse muchas preguntas y otras plantearse menos.

Cuándo empezar

Que se es adoptado hay que saberlo desde el principio, desde que niños y

niñas pueden mantener conversaciones con sus padres, por sencillas que éstas sean. Lógicamente, a una niña de 2 años hay que darle explicaciones muy diferentes a las que se dan a un chico de 16, pero tanto la una como el otro deben saber aquello que a su edad les sea posible entender con su inteligencia y asimilar en sus emociones sin desestabilizarse.

La edad de comienzo depende mucho, por tanto, de las circunstancias de cada adopción. Si un niño fue adoptado siendo un bebé pequeñito, hay que partir con él desde el principio, desde la información sobre que fue adoptado y, en cuanto empiece a manejarse con cosas tan básicas como cuál es su nombre, dónde vive, cómo se llaman sus padres, cuáles son sus apellidos... hay que introducirle la idea de que fue adoptado a través de una historia muy sencillita y fácil de entender. Una historia consistente, básicamente, en la idea de que él no creció en la barriga de su mamá, sino en otra, y que por eso se dice que fue adoptado. A este proceso se le llama revelación de los orígenes.

Si una niña fue adoptada con algunos años y es consciente de que lo fue, lo que necesita no es que se le cuente lo que ya sabe, sino que se le ayude a poner orden y a entender las circunstancias de su

vida anterior, dejándole claro en todo momento que las dificultades por las que pudo pasar no fueron en absoluto de su responsabilidad, sino de la de otros. Aquí no hay que revelar lo que la niña ya sabe, pero sí hay que ayudarle a entenderlo, a ponerlo en orden y a reconciliarse con ello, evitando que le haga daños adicionales a los que ya le produjo su pasado.

Cómo evoluciona

Se pueden destacar cuatro momentos fundamentales, aunque lógicamente cada caso tiene particularidades diferentes.

Hasta aproximadamente los 6 años, niños y niñas adoptados tienen suficiente con una historia sencilla sobre la no coincidencia entre su familia de origen y la actual. Lo importante en esta primera etapa es que vivan la idea con naturalidad, de forma confiada y sin temores o angustias. Para ello, se debe hablar del tema con alguna frecuencia (sin insistir, pero sin olvidar) y es bueno que haya algún elemento externo que sirva de recordatorio (por ejemplo, la foto del día de la llegada) y a la que se haga referencia de vez en cuando de forma afectuosa, como algo muy agradable y positivo.

En algún momento entre los 6 y los 9 años, con muchas diferencias entre unos niños y otros, empieza lo que se llama la búsqueda interna de los orígenes. Como consecuencia del avance de su inteligencia, niños y niñas que saben que son adoptados empiezan a preguntarse a sí mismos cosas que con mucha frecuencia no preguntan a nadie (y lo hacen menos aún cuando han percibido que el tema les resulta incómodo a sus padres). Algunas preguntas típicas son: pero ¿qué pasó exactamente? ¿cómo era la mujer de la que nació? ¿por qué no me quiso? ¿hice yo algo mal? ¿se acordará ella de mi como yo me acuerdo ahora de ella? ¿tengo hermanos? ¿dónde están?.

En algún momento de la adolescencia, de nuevo como consecuencia de los avances en la inteligencia, las preguntas empiezan a ser diferentes: ¿qué hubiera sido de mi si hubiera seguido viviendo en aquella familia? ¿qué pasaría si un día me encontrase con mi madre biológica o con mis hermanos? ¿nos encontraremos algún día? Estas preguntas pueden plantearse todavía como búsqueda interna (es decir, preguntas que el adoptado se hace a sí mismo, pero que no comenta con nadie) o pueden plantearse ya abiertamente como necesidad y deseo de

saber, en cuyo caso estaríamos ya ante la búsqueda externa, que empieza con el deseo de obtención de información de la que hasta ahora el niño o la niña carecían.

Normalmente, no es hasta *la juventud o la adultez* cuando se plantea el deseo de conocer o encontrar a miembros de la familia de origen, si es que tal deseo llega a plantearse alguna vez. Mientras que lo descrito en los párrafos anteriores les ocurre, típicamente, a todos los adoptados, este último paso se da en algunos, pero no en otros. Se puede, por tanto, decir que el 100% de los adoptados buscan sus orígenes, aunque no todos se planteen este último paso consistente en buscar o encontrar o tener contacto directo o indirecto con miembros de su familia biológica.

Cuatro errores frecuentes

Si se hace bien, con comodidad y desde el principio, la tarea es sencilla. Se complica cuando se empieza tarde o se aborda el tema de forma muy escasa y temerosa. Lo primero que hay que evitar es *empezar tarde y/o hablar poco sobre el tema*. Lo más fácil (y lo menos acertado) es decirle al niño o la niña que es adoptado cuando tiene 2 años y luego pensar que si quiere saber algo

más, ya preguntará. Si se trató el tema muy superficialmente, el niño no lo tiene en la cabeza (es como contarle un cuento una sola vez y esperar que lo recuerde con detalle varios años después). Y si recuerda algo, habrá percibido que es un tema incómodo para sus padres, con lo que evitará sacarlo.

Un segundo error frecuente es *mentir* para salir del paso o para evitar decir algo que se suponga que puede hacer daño al niño o la niña. La verdad acaba apareciendo y saber que a uno le han mentido en algo tan fundamental introduce una desconfianza indeseable tanto en relación con el pasado (“si me han mentido en eso, ¿cuántas cosas más que me han dicho serán mentira?”), como con el futuro (“no volveré a fiarme de ellos nunca más”). No hace falta decir toda la verdad en todo momento, pero la mentira debe evitarse siempre a toda costa.

Un tercer error frecuente consiste en *confundir la comunicación sobre adopción con la transmisión de información*. Porque en caso de que se sepa muy poco, eso implicaría que hay que hablar muy poco. Se puede saber muy poco y tener una comunicación muy rica, al igual que se puede saber mucho y transmitirlo todo de una manera muy poco comunicativa (por ejemplo,

haciéndolo cuando el niño no lo entiende, o de forma que le haga daño). La comunicación consiste sólo en parte en contar cosas y tiene mucho que ver con compartir emociones y, en el caso de que se sepan pocos detalles, explorar posibilidades. Si una niña adoptada que estuvo en un centro de protección desde los 2 hasta los 4 años, pregunta a su padre: “¿Cuánto tiempo estuve en el centro?”, la respuesta equivocada es “Dos años”. Si se quiere responder mejor a las necesidades que la pregunta está poniendo de manifiesto, es más recomendable una respuesta del tipo: “Me alegro de que me lo preguntes, porque siempre me gusta hablar de esas cosas contigo. ¿Piensas en ello con frecuencia? ¿Cómo te sientes cuando piensas en eso? ¿Te acuerdas de alguien? ¿Qué cosas son las que te gustaría saber?” Se inicia así una conversación en la que el conocimiento de información detallada importa poco, en la que se da la oportunidad de hablar, de compartir sentimientos de forma relajada, de explorar posibilidades... Muy al final de esa conversación, el padre puede añadir: “Ah, que no se me olvide: como ya te he dicho alguna vez, estuviste unos dos años en el centro. Si hablamos del tema otra vez pronto, seguro que no se te olvida”.

Un cuarto error tiene que ver con *sacar el tema de la adopción sólo en momentos difíciles o conflictivos*, frecuentemente para culpar de algo a la adopción (“dicen que los problemas escolares son típicos de los adoptados”, por ejemplo). Aparte de que la afirmación puede o no ser correcta (en el ejemplo anterior, no lo es), eso crea un sentimiento de culpabilidad irresoluble para la persona adoptada, que no puede hacer nada por evitar que le pasaran algunas cosas o que fuera adoptado por esta familia.

Cómo no equivocarse

Para no equivocarse lo primero que hay que hacer es aceptar el pasado del niño o la niña, con todas y cada una de sus características, se sepa mucho o se sepa poco de cosas concretas. Si los adoptantes no se sienten cómodos con el pasado de su hijo o hija, difícilmente podrán transmitir sentimientos positivos sobre la adopción.

Para no equivocarse hay que estar convencido de que la persona adoptada tiene derecho a crecer con una imagen lo más positiva posible de sí misma, de su historia y de su adopción. Madres y padres adoptivos son los mediadores entre el pasado y el presente de su hijo o hija adoptados. Deben ir abriéndole

poco a poco la oportunidad de acceder a la información y a los sentimientos sobre su adopción.

Para no equivocarse deben tratar el tema con alguna frecuencia, sin insistir en él pero sin olvidarlo. Y deben plantear cosas que sean adecuadas a la edad y a la capacidad para manejar la información y gestionar los sentimientos. Generalmente, periodos de crisis por otras razones son malos momentos para abordar el tema, a no ser que hacerlo ayude a superar la crisis de que se trate.

Para no equivocarse hay que recordar que hablar sobre adopción no consiste en contar cosas que se sepan, sino en hablar, en compartir ideas y sentimientos, cosa que se puede hacer con independencia de que se tenga mucha información o muy poca.

Para no equivocarse, en caso de duda es bueno recurrir al asesoramiento de los profesionales con los que se llevó a cabo el proceso de adopción o bien del servicio post-adopción, en el que hay profesionales especializados en todos estos temas.

En las casas, las habitaciones cerradas durante mucho tiempo acaban siendo lugares poco confortables, con atmósfera densa y oscura. La adopción (es decir, la historia antes de la adopción, el

hecho adoptivo y el deseo de la persona adoptada de saber y poner orden en su pasado o de conectar con él, todo ello de forma no dolorosa ni amenazante) no puede ser una habitación cerrada en la que las personas adoptadas tienen miedo de entrar, o en la que se tengan que meter a solas y a escondidas de sus adoptantes. Como las demás de la casa en la que toda la familia vive, esa habitación necesita ventilación, la luz que en cada momento sea confortable y un trato lleno de cuidado, sensibilidad y afecto.